

hermosa para agradarte y para lisonjear tu orgullo? ¡Qué hermosa pareja haremos! ¡Ea! ¡di que aceptas y déjame obrar!

Inclinóse suspirando sobre los cabellos del duque en los que imprimió un beso.

—Desde hoy, dijo, soy tuya cuerpo y bienes, pero tu eres mío ¿Lo juras?

Y le tendió la mano.

El duque la estrechó entre las suyas. Quedaba cerrado el trato.

II

SOLA EN LA CITA.

El duque y Luisa se fueron juntos al terrado del castillo, y luego, por entre los grupos de flores del jardín, á las caballerizas.

Allí, sobre todo, se dejaba ver la ostentación de las grandes familias, que eclipsa á la medianía moderna.

Sesenta caballos cabían cómodamente en aquellas inmensas cuadras, construídas en semicírculo y con bóvedas dignas de un templo.

El escudo de los Vandrey, bajo una corona ducal, está esculpido en el frontis.

La alegría de la viuda era intensa, pero la contenía.

Ella, la hija de un simple oficial, se enorgullecía á la idea de que sería suyo aquel grandioso castillo, y de que su retrato firmado por un maestro, figuraría en las galerías á continuación de aquel linaje aristocrático emparentado con las más ilustres familias de Francia.

El precio resultaba, á la verdad, un poco alto.

—¡Crímenes!

¿No los hay, indagando bien, en el fondo de la historia de todas las razas opulentas? ¿No hay por lo menos, aventuras inexplicables, muertes misteriosas y olvidadas explosiones?

Y de la existencia de su crimen, ¿había siquiera sospechas?

La tumba del P. Lachaise en que Santiago Branson dormía, ¿no era tan muda como las otras?

El duque lo seguía como si lo llevase atado con una cadena.

No obstante la presencia de la hermosa viuda, continuaba preocupado, distraído, inquieto.

Sus palabras eran premiosas.

Procuraba, sin conseguirlo, disimular su disgusto.

A Luisa Renaud difícilmente se le engañaba.

Al separarse de su amante le sonrió con la amabilidad de los mejores días.

Pero en cuanto montó á caballo meditó sobre todo lo ocurrido, y se dijo:

—Tenía razón Juan María. El duque tiene un secreto y quiero descubrirlo.

El día estaba templado, aunque nuboso, como es frecuente en Bretaña. Blancas nubes, ligeras como

velos de desposada, flotaban sobre el pálido azul, el azul de los ojos de los Bretones, descubierto á trechos.

A algunos cientos de metros del Castillo de Laugon, en un sitio donde el camino se bifurca, Luisa cambió bruscamente de dirección y tomó hacia Plelau.

Era un simple rodeo para ir á Scaer.

Rodeó algo largo, ¿pero no era hacia Plelau donde podía tener la suerte de hallar á la bella Ivona?

Así no perdía el tiempo.

Quería interrogar á aquella querida de ocasión, después de haber interrogado á su amante.

Desdénsona sonrisa crispaba los labios de la baronesa.

Los senderos de la selva están alfombrados de menuda yerba y brazos cortos, suaves para los piés de los caballos.

La viuda corría al azar entre dos valles de maderera pensando, más que en su camino, en las palabras de Juan María, acerca de la hermosa joven Morbihanesa.

¿Sería efectivamente una rival?

Por de pronto tenía sobre ella una ventaja temible.

La pobre muchacha ignoraba la influencia que la baronesa ejercía sobre su amante.

Y tal amor, si existía, no podía pasar de pasajero capricho.

Una de esas relaciones efímeras, aventuras de

viaje, locuras de campo, olvidadas en cuanto se disipa la embriaguez del primer momento.

Sin embargo, había hallado al duque lleno de inexplicable contrariedad, mal disimulada á pesar de todos sus esfuerzos.

La prudencia era sin duda de rigor después de la horrible tragedia; pero, aunque indispensable algún tiempo no había de ser eterna.

Y aunque el estado de su fortuna le atormentase, ¿no estaba ella para arreglarlo todo, restaurar el desdorado blasón y responder lo que aun le conservaba levantado?

Los negocios y los temores imaginarios, no eran por consiguiente, sino vanos pretextos.

La causa de la fría recepción del señor de Vaudrey tenía que ser otra.

Era preciso descubrirla.

Lanzóse resueltamente á través de los bosques, excitada por el movimiento, por el aire libre, por el placer de hallarse sola, y descuidada en aquellas campiñas, donde ejercía imperio soberano, á causa de su extraordinaria riqueza.

Montaba á caballo como la mejor amazona.

Corrió á rienda suelta durante treinta minutos.

Y se halló un cruce de caminos que no conocía.

Detúvose para orientarse.

Ante ella había una cruz entre grandes árboles plantados circularmente.

La baronesa adelantó algunos pasos.

Al acercarse se levantó una joven que estaba sen-

tada en las gradas de granito que sirven de pedestal á la cruz.

La blancura mate de su dulce rostro, la finura de sus facciones y el brillo febril de sus grandes ojos negros hundidos en órbitas quizá demasiado perfumadas, extrañó á la amazona.

Tenia los ojos enrojecidos.

Luisa conoció que la joven había llorado.

Recordó entonces quién era.

—¿No es usted la hija de los Rebec de Pielan? le preguntó.

—Sí, señora.

—¿La ahijada del conde?

—Sí señora baronesa.

—¿Me conoce usted?

—He tenido el honor de verla varias veces en casa de mi padrino.

—Parece usted muy joven. ¿Qué edad tiene usted?

—Diecinueve años, señora.

—¿Ya?

—Desde Abril.

—Me he extraviado dando un paseo matinal.

¿En donde estoy?

—En la Cruz de los Azules.

—Conocía de nombre el sitio. ¿Está bastante cerca del castillo si mal no recuerdo?

—Una media legua.

La baronesa se detuvo.

Pensaba que una joven no está sola sin motivo á media legua de su casa; que no medita horas en-

teras en las gradas de una cruz, sin ser una extravagante, y que, para citas de amor, era excelente el sitio: fresco, lleno de sombra y hasta de poesía.

Observaba también que la joven daba señales de nerviosa impaciencia, como si la molestase el testigo y tenía los ojos tenazmente fijos en la senda por donde la baronesa acababa de llegar, como temerosa de ver aparecer á alguno, cuya llegada deseaba poco antes con vehemencia.

La baronesa se dijo que, por coincidencia extraña el duque manifestaba una agitación que, aunque menos visible que la de aquella sencilla criatura, no era menos notable.

Rompíó el silencio y dirigió algunas preguntas á la joven, como sin dar importancia á sus palabras.

Examinaba minuciosamente á su rival y comprendía que era capaz de inspirar la pasión, cuyo misterio le descubría el azar.

Aquello parecía una revelación.

La baronesa era perita en la materia. Con buenos trajes, seis meses de residencia en París y algunos consejos se hubiera comprometido á hacer de la joven un verdadero modelo de distinción y elegancia.

Se mordió los labios y consideró que aquella flor de Bretaña, podía ser el verdadero motivo del apego del duque á sus terrones.

—Muchas veces he oído hablar de usted, señorita, repuso, ¿No se llama usted Ivona?

—En efecto.

—Bonito nombre.

—Muy común en Bretaña.

—¿No se iba usted á casar con uno de los Cleguer?

—¡Con Corentino!

—Eso es... el hermano de Juan Maria, ayuda de cámara de mi esposo.

—En efecto.

—¿Cuándo se efectúa la boda?

—No lo sé.

Ivona se mordió los labios y la baronesa notó que hacia sobrehumanos esfuerzos para contener las lágrimas.

—¿Hace mucho que ha salido usted del colegio? dijo, por cambiar de conversación.

—Dieciocho meses.

—Y ¿qué hace usted en Plelau?

—Poca cosa. Gobierno la casa, en la que no viven mientras está ausente el señor conde, sino los jardineros, mi padre y dos criados.

—El Sr. Plelau la quiere á usted mucho y nos suele dar noticias de usted. La adora á usted verdaderamente. ¿No vive ya su madre de usted, hija mia?

—No, señora; la perdimos hace cinco años.

Hubo una nueva pausa durante la cual la hermosa viuda continuó su estudio.

Pudo observar que la joven bretona tenia las facciones fatigadas y las mejillas coloradas por la fiebre; observó que fijaba en el sendero miradas

cada vez más inquietas, y en fin, vió ó creyó ver otra cosa, y por una repentina inspiración, preguntó bruscamente:

—¿Ve usted frecuentemente al duque de Vaudrey desde que está en su castillo?

Ivona perdió el aplomo y enrojeció intensamente: después palideció, y á punto de desmayarse, tuvo que sentarse en las gradas de la Cruz.

—¿Está usted indispuesta? preguntó Luisa.

—Sí, señora, y vuelvo á casa. Permítame usted que la deje.

Levantóse con esfuerzo, saludó á la baronesa y dió algunos pasos en dirección al castillo.

—Es extraño, murmuró Luisa siguiéndola con la mirada, pero lo sabré todo.

Las doce daban en el reloj de Soaer cuando la baronesa paró al pie de la escalinata su sudoroso caballo.

El barón Noel no estaba; pero su lugarteniente Juan María velaba en su puesto.

—¿Ha dado buen paseo la señora? preguntó.

—No, malo.

—¿Hacia Plelau?

—Sí, hacia Plelau, y no he perdido el tiempo.

—El paisaje es muy bonito.

—He visto algo más extraño que paisajes bonitos.

—¿Me permite la señora preguntarle qué puede ser eso más raro?

—Sin duda; una bonita muchacha, una beldad de primer orden.

- ¿Alude la señora á Ivona Rebec?
- Ha acertado usted. ¿No va á casarse con su hermano de usted?
- De eso se trató; pero no sé si el matrimonio llegará á verificarse.
- ¿Hay algún obstáculo?
- Puede ser.
- ¿Cuál?
- ¡Oh! uno muy trivial y común.
- ¿De qué clase?
- No me atrevo á decírselo á la señora.
- Atrévase usted, Juan María.
- Pues que las jóvenes suelen ser caprichosas, y á Ivona no parece agradarle este matrimonio. Creo que ha cambiado de idea.
- ¿Desde cuándo?
- Hace algunos meses.
- ¡Ah! se contentó con exclamar la hermosa viuda.
- Y después de un momento de silencio.
- Y Corentino, ¿qué dice de ese antojo? preguntó.
- Corentino está desolado, señora baronesa: idolatraba á Ivona, pero ya se consolará.
- Alguna razón tendrá la muchacha. ¿La conoce usted?
- Tiene alguna quizá, pero se la calla. Nunca se sabe lo que las muchachas piensan. Hablo de las del país.
- La baronesa se mordió los labios.
- Puede usted decir lo mismo de las otras, dijo sonriéndose la baronesa.

Subió lentamente las gradas de la escalinata de Scaer, diciéndose como en Langou: ¡Sabré, y creo que principio á saber!

Juan María bajó las treinta gradas de la monumental escalinata que sirve de pedestal al castillo de Scaer, fué á dar una vuelta por el parque, y media hora después se detuvo en una especie de rústico kiosco, puesto sobre una altura y sepultado entre plantas trepadoras.

Juan María no necesitó empujar la puerta. Estaba abierta. Le aguardaba un singular personaje.

III

JOSON CADION

El pueblo de Scaer es una pobre aldea escondida en un repliegue del terreno á tres kilómetros del castillo.

Sus casas son pequeñas pero bonitas.

La razón es muy sencilla: los Bresson las han construido y las reparan desde hace cincuenta años, parte por caridad, parte por no afean, con un aldeucho miserable, los alrededores del castillo.

En aquella aldea vivía por entonces un pobre leñador con su anciana madre, á la cual mantenía con el producto de su trabajo.

Este trabajo se reducía á cortar leñas y enebros,